

Teresa de Jesús fundadora. Ayer, hoy y mañana de un proyecto necesario

EMILIO J. MARTÍNEZ

(Roma)

RESUMEN: Santa Teresa implantó un modo de vida renovado dentro del tronco del Carmelo que, de acuerdo con las corrientes del tiempo fue considerado reforma de "descalcez". Dicha reforma se revela en realidad como fundación de un carisma nuevo para la extensión del Evangelio, a través de pequeñas comunidades, fraternidades orantes al servicio de la Iglesia y la Humanidad.

PALABRAS CLAVE: Santa Teresa, Vida Religiosa, Carisma, Carmelitas Descalzos

Teresa as Foundress. Past, present and future of a necessary project

SUMMARY: Saint Teresa established a renewed way of life within the Carmelite Order which at the time was considered a "discalced" reform. In fact, it proved to be the foundation of a new charism for the spread of the Gospel, by means of small communities of prayer at the service of the Church and of humanity.

KEY WORDS: Saint Teresa, religious life, charism, Discalced Carmelites

1. TERESA, LA FUNDADORA

Hablar de Santa Teresa de Jesús como fundadora es, aún hoy, un argumento no exento de cierta polémica. Sin detenernos en el detalle del debate histórico, baste decir que, desde los inicios del Carmelo descalzo, si bien nunca se puso en cuestión que Teresa fuera la fundadora de las monjas, no se tuvo tan claro -al menos en algunos documentos oficiales- que lo fuera de los frailes¹. Sin embargo, para alguien tan cercano a la Madre, como el P. Jerónimo Gracián, no cabía duda alguna al respecto de su categoría de fundadora de unas y otros: “Qué título tuviese para esto [ser fundadora] -respondió Cirilo- y las patentes de sus Generales que así la nombran y cuántos monasterios fundó, otro día te lo diré Eliseo, que yo ahora no puedo sufrir que se le haga agravio y niegue título de fundadora y deje de alcanzar eterno nombre quien cosas tan nuevas y tan provechosas inventó en el mundo. Porque aunque la Orden no es nueva, ni la Regla, ni todas las Constituciones, pero muchas dellas compuso esta sierva de Dios que después confirmaron los Generales; y el tocado y mucho del vestido y otras costumbres que se guardan en los monasterios, ella dio principio”².

Y el mismo P. Ángel de San Gabriel, maestro de novicios en Pastrana, amigo de rigores y prácticas alejadas del humanismo teresiano³, afirma, como nota Daniel de Pablo Maroto que “la corriente común aceptaba que la madre Teresa de Jesús es la fundadora de las monjas y frailes descalzos”⁴.

¹ Para una mayor información, pueden consultarse, entre otros muchos: D. A. FERNÁNDEZ DE MENDIOLA, *El Carmelo Teresiano en la Historia. Una nueva forma de vida contemplativa y apostólica. SEGUNDA PARTE. De Provincia a Orden autónoma y crisis de identidad (1582-1597)*, Institutum Historicum Teresianum, Teresianum, Roma 2008 (particularmente las páginas 471ss.); D. DE PABLO MAROTO, *Ser y misión del Carmelo teresiano*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2011 (particularmente las páginas 355ss.); I. MORIONES, *El Carmelo teresiano y sus problemas de memoria histórica*, Ediciones El Carmen, Vitoria 1997 (particularmente las páginas 53-86. El mismo autor ha publicado algunos de los contenidos de estas páginas en versión actualizada en: *Teresa de Jesús, maestra de perfección*, Institutum Historicum Teresianum, Teresianum, Roma 2012).

² Tomo la cita de I. MORIONES, *El Carmelo teresiano...*, 70.

³ Cf. E. J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ, *Tras las huellas de Juan de la Cruz. Nueva biografía*. Editorial de Espiritualidad, Madrid 2006, 89-94.

⁴ D. DE PABLO MAROTO, *Ser y misión...*, 356.

Más allá de la información aportada por los historiadores, lo cierto es que la cuestión posee un trasfondo no baladí. La presentación de Santa Teresa como *simple* reformadora o fundadora de las monjas -al mismo nivel que el P. Antonio Heredia lo sería de los frailes⁵-, pone el acento en los aspectos, a mi juicio, más superficiales de su obra, aquellos que el Carmelo de Teresa comparte con otras empresas de su época: “No hay duda de que la imagen de carmelita «reformado descalzo» propuesta por Doria -hasta en su porte exterior grave, penitente y pobre-, respondía a aspiraciones e ideales religiosos de grandes sectores de la población de la época, edificaba por su separación del mundo, y a corrientes muy extendidas de espiritualidad. Respondía, también, a las iniciativas de Reforma que favorecían importantes jerrarcas de la Iglesia y responsables máximos del gobierno de la sociedad, como el mismo Rey Felipe II”⁶.

Presentarla y reconocerla como *fundadora*, al contrario, es dilatar su proyecto y sus intuiciones; es afirmar que, más que de una Orden concreta, Santa Teresa es *Madre* de un carisma no estrecho ni limitado, sino enormemente rico, fecundo en diversas etapas de la historia, lleno de matices que lo hacen universal y eterno.

Un carisma capaz de renovarse y enriquecerse con el paso del tiempo, capaz de dar respuestas a distintas realidades temporales y geográficas. Un carisma que, regalado por Cristo a la Iglesia a través de las experiencias espirituales y la palabra de Teresa de Jesús, se ha extendido y diversificado sin perder un átomo de su esencia.

Santa Teresa es, efectivamente, Madre y Fundadora. Fundadora de un carisma nuevo y necesario. Nuevo por íntimamente vinculado al Evangelio de Jesús. Necesario porque, en la noche de la Historia, siempre el Espíritu ha aleteado sobre las aguas, sobre el fragor del sufrimiento de los hombres y mujeres de este mundo para hacer brotar, de la mano de los fundadores, carismas que mantengan vivo el fuego

⁵ Cf. D. A. FERNÁNDEZ DE MENDIOLA, *El Carmelo Teresiano en la Historia...*, 481.

⁶ *Ib.*, 484. En realidad -y ello fue decisivo a la hora del *triumfo* de la descalcez- Felipe II tuvo un protagonismo decisivo en el impulso de estas *reformas*, a las que exigía un perfil muy determinado de rigor y austeridad, entrando en conflicto algunas veces con las determinaciones de Roma. He estudiado algo el asunto, aportando abundante bibliografía, en: *Tras las huellas...*, 89-106.

de ese mismo Evangelio. El proyecto de Teresa de Jesús es uno de ellos.

En *tiempos recios*, cuando *no estaban las cosas para negociar con Dios cosas de poca importancia*, la palabra y la experiencia tere-
sianas, haciendo frente a no pocas dificultades, dieron a luz, por tan-
to, un carisma que, vivo en nuestros días, continúa produciendo
abundantes frutos de vida y salvación.

No se trató de una reforma que intentara exclusivamente volver a los orígenes míticos de la Orden en el Monte Carmelo (cf. 5M 1, 2) - aunque la Santa tome como referencia tantas veces la vida de aque-
llos eremitas, leída, evidentemente, en el contexto de la leyenda áurea de la Orden⁷-, sino que, partiendo de aquella visión ideal de las raíces del Carmelo, Santa Teresa implantó, como digo, un carisma nuevo. No hay una absoluta ruptura con el pasado, cierto, pero sí una relectura del mismo en un sentido excepcionalmente novedoso para proponer en la Iglesia una forma de vida basada en su propia experiencia, que quiere para todos, particularmente para los miembros de la familia por ella fundada⁸.

Sabemos que “el criterio esencial para juzgar el valor de los carismas no es su carácter más o menos espectacular ni la intensidad de

⁷ Puede verse, por ejemplo, F. RIBOT, O. CARM, *Libro de la Institución de los primeros Monjes* (ed. de Balbino Velasco, O. Carm. y Manuel Diego Sánchez, OCD), Editorial de Espiritualidad, Madrid 2012). Manuel Diego, en la *Introducción espiritual* a esta edición, nos dice: “Si nos atenemos a los límites del Carmelo Teresiano en sus momentos y personajes más significativos, aun quedando cuestiones de fondo por resolver, sí que podemos decir ha alimentado de manera suficiente esa vuelta a los orígenes que propugnaban la Madre Teresa y sus seguidores. Esa composición ideal del antiguo mundo carmelitano de los tiempos primordiales ayudó no poco a construir la visión genuina de la vida carmelitana que querían recuperar. Para esto en concreto la obra de Ribot contribuyó de manera decisiva. Es todavía una cuestión a debatir el hecho de si Santa Teresa pudo leer en su etapa de la Encarnación el texto traducido de la IPM [...]. Los últimos biógrafos se muestran favorables a este contacto por vía de lectura y asimilación personal, lo que justifica algunas afirmaciones en sus obras que justificarían este conocimiento” (pp. LIX-LX, aportando más información en las páginas que siguen). Puede verse también: T. ÁLVAREZ, *Gli orizzonti di Teresa di Gesù. Dal contesto al testo*, Edizioni OCD, Roma 2012, 99-102 (es traducción del original español publicado por la Editorial Monte Carmelo *100 fichas sobre Teresa de Jesús*).

⁸ Cf. T. ÁLVAREZ, *Gli orizzonti di Teresa di Gesù...*, 145-146.

la experiencia espiritual que se presupone a los mismos, sino su utilidad en vistas a la edificación de la comunidad: “Así pues, ya que tanto deseáis los dones del Espíritu, procurad que el abundar en ellos sea para el bien de la Iglesia” (1 Cor 14, 12)⁹.

Es evidente que el proyecto teresiano ha sido, es y será, fuente de incalculables bienes para la Iglesia y el Mundo. Un proyecto fundado en el amor a Dios y a los otros, que llama a la identificación y seguimiento de Cristo para, como él, poder contemplar y servir a todos con profundo amor, con intensa solidaridad en el dolor. Contemplación y apostolado en equilibrio que dan a luz una vida entregada para la extensión del Reino. Así lo explican, claramente, estos dos textos tomados del libro de las *Moradas*:

“Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue; que no les hace ningún agravio ni pequeña merced.

Y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio como he dicho es su cimiento humildad; y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo” (7M 4, 8).

“Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con El. Mas ¡qué lejos estamos de hacer, como debemos a tan gran Dios, estas dos cosas, como tengo dicho! Plega a Su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar a este estado, que en nuestra mano está, si queremos.

La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a

⁹ CH. A. BERNARD, *Teología espiritual*, Sígueme, Salamanca 2007, 614.

Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar” (5M 3, 7-8)¹⁰.

Ella es *fundadora* desde el punto de vista histórico -que no abordaré aquí- pues erige toda una serie de monasterios y conventos y diseña para ellos una norma de vida; pero lo es también, y sobre todo, desde el punto de vista teológico, “en cuanto está dotada de un carisma especial, que le confiere una misión en la Iglesia; un carisma del cual ella misma tiene conciencia clara y del que da testimonio explícitamente”¹¹.

Efectivamente, Teresa misma se considera impulsada por la inspiración divina (cf. Cta. a su hermano Lorenzo de 23 de diciembre de 1561), más aún, *obligada* por el Señor a convertirse en fundadora casi contra su voluntad, como evidencia este texto de *Vida* citado por el P. Tomás Álvarez¹²:

“Ofrecióse una vez, estando con una persona, decirme a mí y a otras que si no seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas, que aun posible era poder hacer un monasterio. Yo, como andaba en estos deseos, comencélo a tratar con aquella señora mi compañera viuda que ya he dicho, que tenía el mismo deseo. Ella comenzó a dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino y el deseo que de ello teníamos nos hacía parecer que sí.

Mas yo, por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi gusto y la celda en que estaba hecha muy a mi propósito, todavía me detenía. Con todo concertamos de encomendarlo mucho a Dios.

Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría él y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor, y que, aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas; que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos; que dijese a

¹⁰ Cf. G. JUAN, CARMELITA DESCALZA, *Espiritualidad contemplativa y lucha por la justicia* en AA.VV., *Mística y compromiso por la justicia*, Centre d’Estudis Cristianisme i Justícia, Barcelona 2011, 97-115.

¹¹ T. ÁLVAREZ, *Gli orizzonti di Teresa di Gesù...*, 141.

¹² Cf. ib. 143.

mi confesor esto que me mandaba, y que le rogaba Él que no fuese contra ello ni me lo estorbase.

Era esta visión con tan grandes efectos, y de tal manera esta habla que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era Él. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me había de costar, y como estaba contentísima en aquella casa; que, aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación ni certidumbre que sería. Aquí parecía se me ponía apremio y, como veía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría. Mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó a hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones que yo veía ser claras y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa sino decirlo a mi confesor, y dile por escrito todo lo que pasaba” (V 32, 10-12).

Termino este apartado citando un bellissimo testimonio de un predicador carmelita de la Antigua Observancia, fr. Cristóbal de Avendaño, quien, en un sermón con motivo de la beatificación de la Santa, decía lo siguiente: “¡Oh grandeza de mi Religión haber salido de ella una tan grande Santa, como es la esclarecida virgen y madre Teresa de Jesús! Veintisiete años estuvo en la Encarnación de Ávila, allí tomó el hábito, allí se comenzó a criar para Dios, allí vio a Cristo atado a la columna, allí tuvo muchas y muy altas revelaciones. Muy autorizada está la Observancia de los Carmelitas con muchos santos que tiene, mártires innumerables, que por ser cosa tan notoria no me quiero detener en esto; pero muy gran gloria es de este hábito y de la Observancia el haber criado tal santa; es hija de la Observancia y madre de una tan gran Religión como es la de las madres y padres descalzos [...]. La Santa Madre fundó sobre piedras de la Observancia; y así todos somos un Carmen y todos estamos debajo de un amparo de la Madre de Dios del Carmen y la Santa Madre es una bisagra que abraza y traba ambas religiones, y es muy cierto que no quiere menos a la Observancia que la crió que ha su Religión”¹³.

Toca ahora extenderse en la descripción de este carisma fundado por Santa Teresa.

¹³ FR. CRISTÓBAL DE AVENDAÑO, O.CARM., *Sermones en honor de Santa Teresa de Jesús* (edición de María Jesús Fernández Cordero), Ediciones Carmelitanas, Madrid 2011, 134-135).

2. NOTAS ESENCIALES DEL CARISMA FUNDADO POR SANTA TERESA

2.1. El primado de Dios

De Dios nos dirá Teresa que *siempre la ayudó con palabras y con obras* (cf. F 31, 4)¹⁴. La Santa no comprende su obra si no es como *obra de Dios*. Experimenta y confiesa haber sido un instrumento, una herramienta de la cual el Padre se ha servido para implantar una nueva forma de vida en la Iglesia y el mundo de su tiempo.

Ya hemos visto que Él está en el impulso fundacional *forzando* a Teresa a poner en marcha la vida del Carmelo descalzo en el monasterio de San José. Más adelante nos hará saber que sólo Dios ha sido quien ha llevado a buen puerto la obra fundacional en su conjunto:

“¡Oh, válgame Dios, qué de cosas he visto en estos negocios que parecían imposibles, y cuán fácil ha sido a Su Majestad allanarlas, y qué confusión mía es, viendo lo que he visto, no ser mejor de lo que soy! Que ahora, que lo voy escribiendo, me estoy espantando y deseando que nuestro Señor dé a entender a todos cómo en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas. Todo lo ha ordenado el Señor por unos principios tan bajos, que solo Su Majestad lo podía levantar en lo que ahora está. Sea por siempre bendito, amén” (F 13, 7; cf. 27, 11; 29, 14).

Para Santa Teresa, Dios mismo ha enviado a las religiosas que pueblan los primeros monasterios del Carmelo teresiano (cf. F 1, 1), escogiéndolas cuidadosamente y librándolas de presiones familiares y sociales (cf. F 10, 14-16; 11, 1-4)¹⁵ a las que el Señor no se somete, sino siempre sobrepasa:

“Pues, habiendo ya tenido cuatro hijas, cuando vino a nacer Teresa de Laíz, dio mucha pena a sus padres, de ver que también

¹⁴ Cf., para todo lo que sigue, CARMELITAS DESCALZAS DE PUÇOL, *Comenzando siempre. Páginas escogidas del Libro de las Fundaciones. Teresa de Jesús*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 43-51.

¹⁵ En este texto se refiere la Santa a Doña Casilda de Padilla quien, por desgracia, tenía un carácter voluble y extraño, por lo que acabó dejando el Carmelo teresiano mal aconsejada. Ello no obsta para que las páginas en las que la Santa narra su entrada en el monasterio de Valladolid, dejen bien a las claras cuánto ve ella la mano de Dios en la llegada de monjas a sus conventos.

era hija. Cosa cierto mucho para llorar, que, sin entender los mortales lo que les está mejor, como los que del todo ignoran los juicios de Dios, no sabiendo los grandes bienes que pueden venir de las hijas ni los grandes males de los hijos, no parece que quieren dejar al que todo lo entiende y los cría, sino que se matan por lo que se habían de alegrar. Como gente que tiene dormida la fe, no van adelante con la consideración, ni se acuerdan que es Dios el que así lo ordena, para dejarlo todo en sus manos. Y ya que están tan ciegos que no hagan esto, es gran ignorancia no entender lo poco que les aprovecha estas penas. ¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente entenderemos estas ignorancias en el día adonde se entenderá la verdad de todas las cosas, y cuántos padres se verán ir al infierno por haber tenido hijos, y cuántas madres, y también se verán en el cielo por medio de sus hijas!” (F 20, 3).

Es apasionante reconocer, junto a Teresa y de su mano, el paso de Dios a lo largo de toda su obra. El Señor, ansioso de comunicarse, de dar vida, la elige como instrumento privilegiado y la sostiene a lo largo de todo su recorrido fundacional. Él es quien la envía (cf. F 31, 50), quien llena de confianza su corazón cuando aparecen las dificultades (cf. F 25, 4; 29, 5-6), quien cambia sus planes (cf. F 21, 1) y le da el calor necesario para llevarlos a cabo (F 31, 11-12).

La protección y el ánimo divino se manifiestan también a través de los Santos que han ayudado a Teresa en su impulso fundacional. A este respecto es obligado hacer mención de San José. Es imposible comprender la obra de Santa Teresa, el impulso carismático que le llevó a fundar el Carmelo teresiano, sin la referencia a San José. En el inicio de la Reforma, efectivamente, el Santo Patriarca -como gustaba llamarle Teresa- está presente de modo activo, animando, protegiendo y acompañando la empresa teresiana. La Santa Madre nunca olvidará este auxilio y pondrá como titular al Santo en su primer Monasterio y en otros once de los fundados por ella en las primicias de la Reforma.

Un testigo de excepción de aquel tiempo, el P. Jerónimo Gracián, después de recoger un gran número de favores que la Santa había recibido de San José, nos dice: “Y por esta causa, según escribe el doctor Ribera, puso sobre la portería de todos sus monasterios que fundó a Nuestra Señora y al glorioso San José; y en todas las fundaciones llevaba consigo una imagen de bulto de este glorioso Santo, que ahora está en Ávila, llamándole fundador de esta Orden”¹⁶. Y, a conti-

¹⁶ JERÓNIMO GRACIÁN DE LA MADRE DE DIOS, *Josefina*, en: SILVERIO DE

nuación, el mismo Gracián nos hace saber en otro delicioso testimonio que “como tal lo aceptan y aclaman sus hijos. Los cuales reconocen por Fundador de esta reformatión al glorioso San José, con cuya devoción la fundó la Madre Teresa, así como toda la Religión del Carmen reconoce por Fundadora a la Sacratísima Virgen María”¹⁷.

Al calor de tales dones, bastará la determinación de la Santa de ponerse en marcha, para que la obra de Dios se lleve a cabo:

“Yo confieso que mi ruindad y flaqueza muchas veces me ha hecho temer y dudar; mas no me acuerdo ninguna, después que el Señor me dio hábito de descalza, ni algunos años antes, que no me hiciese merced, por su sola misericordia, de vencer estas

SANTA TERESA, *Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. Obras y editadas por el P. Silverio de Santa Teresa, ocd*, T. II, Monte Carmelo, Burgos 1933, 476. No se puede olvidar que estos datos los tiene el P. Gracián de primera mano, como él mismo confiesa en *ib.*, 477: “Otras muchas cosas pudiera decir que han acaecido a esta misma Madre con el glorioso San José y las sé por haberla confesado y sido su prelado durante mucho tiempo”.

¹⁷ *Ib.* La *Josefina*, de la que tomamos estos textos, tiene como título completo *Sumario de las excelencias del glorioso S. Joseph esposo de la Virgen María*. Se imprimió por primera vez en 1597 en italiano y en castellano, y es uno de los primeros libros dedicados a San José. Escribiéndolo, Gracián se nos muestra heredero del espíritu teresiano también en la devoción al Santo Patriarca, tan recomendada por la Santa. Muestra afortunada de esta devoción es, sin duda, su *Josefina*.

Todavía se lee como un clásico. Expone la vida, las virtudes, los privilegios, los poderes protectores de San José por ser esposo de la Virgen, por ser padre singular de Jesús. Por supuesto, el San José que dibuja no es un anciano débil, sino un varón vigoroso escogido por Dios para atender a su familia. Como el libro nació en Roma, a petición de la activa cofradía de los carpinteros que le tenía como protector, se detiene en el oficio de la carpintería ejercido por José. Narra su muerte con todo detalle y anima a su devoción. Pronto comenzó a llamarse *Josefina* este libro hermoso, el más editado de tantos como escribió.

Su éxito puede verse en las ediciones numerosas y rápidas que se hicieron de él. Una de las utilidades más apreciadas de los libros de entonces era su ayuda a los predicadores. Dirá Gracián en la dedicatoria a la última edición que se publicó del mismo en vida (1609) que “ha hecho este libro mucho fruto para acrecentar la devoción a este Santo y para muchos predicadores que han tomado materia para predicar sus alabanzas”. “He visto por experiencia que en Italia y España ha hecho fruto para mover los ánimos a la devoción de este santo y su esposa; y habiéndole leído los arzobispos de Toledo, Valencia y otros prelados, han ordenado en sus diócesis que el día de San José sea fiesta de guardar”.

tentaciones, y arrojarme a lo que entendía era mayor servicio suyo, por dificultoso que fuese. Bien claro entiendo que era poco lo que hacía de mi parte, mas no quiere más Dios de esta determinación para hacerlo todo de la suya. Sea por siempre bendito y alabado. Amén” (F 28, 19).

No cabe duda de que esta confesión no es sólo un testimonio personal, sino también un estímulo para que, cualquiera que la lea, se sienta animado a realizar grandes obras, a ponerse determinadamente en las manos de Dios, quien tanto quiere regalar al mundo a través de nosotros.

Este texto nos permite poner en su auténtico lugar las referencias teresianas a la acción de Dios en su obra fundadora. Ha sido Dios, efectivamente, quien lo ha hecho todo, pero por medio de Teresa: “Es la mirada mística la que permite ver la acción de Dios en el claroscuro de la historia humana. Un Dios que no actúa junto a las personas, o en lugar de ellas, sino en ellas, haciendo que ellas hagan: crea creadores. La acción de este Dios trascendente solo es posible en lo inmanente, en el esfuerzo de aquellas personas que se dejan contagiar por su Espíritu, presente activamente en la historia (GS 26). Ese mismo Espíritu está alentando la evolución de nuestro mundo hacia formas de vida y estructuras sociales cada vez más justas y solidarias. Cada logro humano es un abrirse paso de Dios en la historia”¹⁸.

Si expresamos esta misma idea en categorías de Teología espiritual, afirmaremos que su experiencia mística se encuentra en la base de su actuación fundacional, que es de Dios y de Teresa: “Con las vistas espirituales las operaciones divinas entran en una etapa decisiva. Estas operaciones son divinas por proceder de Dios, pero las siente y parece actuarlas el alma. Los actos están tomados ahora desde una perspectiva humano-divina. El alma comienza a entrar en la esfera de las actuaciones divinas, que participa y hace suyas”¹⁹.

¹⁸ CARMELITAS DESCALZAS DE PUÇOL, *Comenzando siempre...*, 43.

¹⁹ A. M. GARCÍA ORDÁS, *La persona divina en la espiritualidad de Santa Teresa*, Edizioni del Teresianum, Roma 1967, 118-119.

2.2. Llamada a una experiencia orante

Santa Teresa es reconocida por la Iglesia como maestra de oración. Efectivamente, en el diálogo de amistad muchas veces y a solas con el amigo que sabía la amaba (cf. V 8, 5), han tenido lugar las experiencias místicas que, como venimos diciendo, han alumbrado el nacimiento del Carmelo descalzo.

Experimentando a Dios en Cristo²⁰ y en la ayuda y protección de María y los santos, Teresa, se ha convertido en profeta del Dios vivo y la comunicación de su encuentro con él hace que podamos afirmar: “Como orante, se convirtió en madre espiritual y maestra de espirituales”²¹.

Como dijo la Madre Cristina Kaufmann, ocd: “La experiencia personal de la relación con Dios en la oración, en el silencio y retiro de la vida monástica carmelitana, es para Teresa el fundamento de toda relación personal: con otras personas, con las cosas, consigo misma. La oración es una relación, está centrada en la persona de Jesús de Nazaret [...]. El carisma de la Santa es una llamada a la vida mística [...], un camino hacia la relación vital con Dios que nos hace experimentar su donación a nosotros, la comunión con él [...]. El núcleo del carisma de la Santa es la oración interior, la contemplación como actitud vital ante la realidad: mirar toda realidad con los ojos de Dios, ojos de amor y de misericordia. Mirándola amorosamente la hacemos entrar en Dios, la hacemos permeable para Dios o le devolvemos su original transparencia, ya que todo lo creado habla del creador. Este mirar, este contemplar implica una determinada forma de hacer, de estar. En el fondo no es otra cosa que la vida teologal: existir creyendo, esperando, amando”²².

De este impulso nace la Orden y este impulso configura a quienes, inspirados en su carisma, quieren ofrecer a la Iglesia y al mundo un modo de vida auténticamente evangélico, predicando, con hechos y

²⁰ T. ÁLVAREZ, *Gli orizzonti di Teresa di Gesù...*, 147; cf. S. CASTRO, *Cristología teresiana*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2009.

²¹ D. DE PABLO MAROTO, *Teresa en oración*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2004, 152.

²² C. KAUFMANN, *La fascinación de una presencia*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2007, 186-188.

con palabras -actuando, pero ante todo siendo-; que la fe en Cristo Jesús no consiste en la simple adhesión a unos dogmas o la vivencia de unas normas morales, sino en la experiencia concreta de encuentro con Él que, viviente en medio de nosotros, llama a la puerta del corazón de cada uno para cambiar radicalmente su existencia según el querer de Dios Padre por la acción del Espíritu Santo²³.

Una experiencia que no puede quedarse *de puertas para adentro*, en lo escondido de nuestras almas. Comentando el capítulo 3º de *Camino de Perfección*, nos dirá el P. Tomás Álvarez: “Las consignas y la *exclamación* de Teresa dan directamente en nuestras fibras más sensibles: sentido ecuménico, necesidad de más amor humano, más sentido de Iglesia, solidaridad y fraternidad universal. Paz. Fortaleza interior, Fe total en la levadura de las comunidades pequeñas, hechas de cristianos fieles y selectos. Convicción teresiana de que orar es ayudar a quienes trabajan de otra manera. Orar es ya pelear por Dios”²⁴.

La oración se convierte, por tanto, en piedra angular de la empresa teresiana. Teresa tratará de impregnar a sus hijas de un espíritu orante que es, ante todo, ejercicio de amor:

“Lo primero quiero tratar, según mi pobre entendimiento, en qué está la sustancia de la perfecta oración. Porque algunos he topado que les parece está todo el negocio en el pensamiento, y si este pueden tener mucho en Dios, aunque sea haciéndose gran fuerza, luego les parece que son espirituales; y si se divierten, no pudiendo más, aunque sea para cosas buenas, luego les viene gran desconsuelo y les parece que están perdidos. Estas cosas e ignorancias no las tendrán los letrados (aunque ya he topado con alguno en ellas); mas para nosotras, las mujeres, de todas estas ignorancias nos conviene ser avisadas. No digo que no es merced del Señor quien siempre puede estar meditando en sus obras, y es bien que se procure. Mas hase de entender que no todas las imaginaciones son hábiles de su natural para esto, mas todas las almas lo son para amar. Ya otra vez escribí las causas de este desvarío de nuestra imaginación -a mi parecer-, no todas, que será imposible, mas algunas. Y así no trato

²³ “No hace falta decirlo, la relación que Teresa establece con Dios tiene como objeto central de referencia a la persona de Jesucristo”. (S. CASTRO, *El camino de lo inefable*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2012, 94).

²⁴ T. ÁLVAREZ, *Comentarios a “Vida”, “Camino” y “Moradas” de Santa Teresa*, Monte Carmelo, Burgos 2005, 299.

ahora de esto, sino querría dar a entender que el alma no es el pensamiento, ni la voluntad es mandada por él, que tendría harta mala ventura; por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho” (F 5, 2; cf. 5, 15-17).

Oración que no se circunscribe a momentos concretos de la vida, sino que la empapa toda:

“¡Ea!, hijas mías, no haya desconsuelo, cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended que, si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior” (F 5, 8).

2.3. La vida en común

Para Teresa, la experiencia de Dios cobra su verdadero sentido en cuanto vivida al servicio de la comunidad, como ya he dicho, y vivida *en comunidad*.

A diferencia de otras experiencias, de otros caminos de oración no cristiana, la propuesta teresiana, absolutamente evangélica, no es ante todo y en primer lugar un camino de autorrealización o de perfección personal, sino un proyecto al servicio de la Iglesia-comunidad y de todos los hombres, el cual exige ser vivido junto a otros con el amor como clave de bóveda: Santa Teresa pensará y fundará sus Carmelos, su Carmelo, como *pequeño colegio de Cristo* en el que todos se aman y se sirven mutuamente (cf. CV 4, 7; Cst, 28)²⁵.

El amor fraterno que configura la comunidad teresiana es amor espiritual, puro, que no se fija en lo pasajero y accidental, sino en lo esencial: “Es capaz de poner las bases de un amor eterno, no expuesto a las fluctuaciones de lo cotidiano. Es un amor que hace dignas a las personas que lo poseen”²⁶.

Y es amor que sale hacia fuera, que se regala a los otros, que hace que la vida se consuma en el servicio a los demás, para dar fruto. Podemos verlo ahora con algún detenimiento.

²⁵ Cf. T. ÁLVAREZ, *Gli orizzonti di Teresa di Gesù...*, 406-409. Es de notar que, el texto de las *Constituciones* arriba citado, pone a Cristo como ejemplo del amor que han de tenerse las hermanas, amor que se manifiesta en la donación de su vida por nosotros.

²⁶ *Ib.*, 407.

2.3.1. La obediencia

En la comunidad teresiana, la obediencia es fruto del amor y, al mismo tiempo, se convierte en cimiento del mismo.

No es fácil en nuestros días hablar de este concepto, que parece haber perdido fuerza incluso dentro de la vida religiosa; y sin embargo es imposible constituir cualquier proyecto de vida común si no se articula en torno a la obediencia. Teresa lo expondrá claramente en diversos pasos de su obra, si bien, a mi juicio, los textos más logrados se encuentran, precisamente, en el capítulo 5 de *Fundaciones*.

Una pista sobre el enfoque que Teresa da a la obediencia, la hallamos en sus *Constituciones*, cuando afirma que la priora *se haga amar si quiere ser obedecida* (cf. Cst, 34). Estamos, pues, lejos de una presentación rigorista de la obediencia, de un modo de vida que pretenda anular a la persona. La obediencia teresiana está empapada de sentido evangélico, es disponibilidad y capacidad para el servicio al estilo de Jesús: “Llegaron a Cafarnaúm y, una vez en casa, les preguntaba: «¿de qué discutíais por el camino?» Ellos callaron, pues por el camino habían discutido entre sí quién era el mayor. Entonces, se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos.» Y tomando un niño le puso en medio de ellos, le estrechó entre sus brazos y les dijo: «El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, no me recibe a mí, sino a Aquel que me ha enviado»” (Mc 9, 33-37)²⁷.

Para Teresa obedecer es servir al estilo de Jesús, vivir para los otros y, en última instancia, para Dios, con cuya voluntad amorosa estamos llamados a identificarnos como seguidores de Cristo:

“Yo creo que, como el demonio ve que no hay camino que más presto lleve a la suma perfección que el de la obediencia, pone tan-

²⁷ Comentando este pasaje, dice Secundino Castro: “Jesús quiere expresar de forma gráfica cuanto acaba de decir y lo hace abrazando a un niño e identificándose con él. El niño, «chiquillo» en este caso, según la opinión de algunos especialistas puede ser traducido por «criadillo.» [...] Parece que estamos ante un chiquillo-criadito que se utiliza para toda clase de servicios, sin remuneración. Con esa actitud y estilo se identifica Jesús” (S. CASTRO, *El sorprendente Jesús de Marcos. El evangelio de Marcos por dentro*, Desclée de Brouwer – Universidad Pontificia Comillas, Bilbao 2005, 253).

tos disgustos y dificultades debajo de color de bien. Y esto se note bien y verán claro que digo verdad. En lo que está la suma perfección, claro está que no es en regalos interiores ni en grandes arrobamientos ni visiones ni en espíritu de profecía; sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad. Esto parece dificultosísimo, no el hacerlo, sino este contentarnos con lo que de en todo en toda nuestra voluntad contradice conforme a nuestro natural; y así es verdad que lo es. Mas esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos. Y verdaderamente es así que, aunque sean grandísimos trabajos, entendiendo contentamos a Dios, se nos hacen dulces. Y de esta manera aman los que han llegado aquí las persecuciones y deshonras y agravios. Esto es tan cierto y está tan sabido y llano, que no hay para qué me detener en ello” (F 5, 10; cf. 21, 7).

No es fácil, desde luego, la tarea, como la misma Santa Teresa nota en el texto arriba citado. Sólo el amor puede ayudarnos a coronarla:

“¡Oh caridad de los que verdaderamente aman a este Señor y conocen su condición! ¡Qué poco descanso podrán tener si ven que son un poquito de parte para que una alma sola se aproveche y ame más a Dios, o para darle algún consuelo, o para quitarla de algún peligro! ¡Qué mal descansará con este descanso particular suyo! Y cuando no puede con obras, con oración, importunando al Señor por las muchas almas que la lastima de ver que se pierden. Pierde ella su regalo, y lo tiene por bien perdido, porque no se acuerda de su contento, sino en cómo hacer más la voluntad del Señor, y así es en la obediencia. Sería recia cosa que nos estuviese claramente diciendo Dios que fuésemos a alguna cosa que le importa, y no quisiésemos, sino estarle mirando, porque estamos más a nuestro placer. ¡Donoso adelantamiento en el amor de Dios es atarle las manos con parecer que no nos puede aprovechar sino por un camino” (F 5, 5).

2.3.2. *Implicarse*

La propuesta teresiana, como vengo diciendo, llama a implicarse plenamente en la vida del mundo, en la vida de los otros, para sanar-

la; esa ha sido la experiencia personal que quiere transmitir a sus hijas y regalar al mundo. Para ello funda²⁸:

“Considerando yo el gran valor de estas almas y el ánimo que Dios las daba para padecer y servirle, no cierto de mujeres, muchas veces me parecía que era para algún gran fin las riquezas que el Señor ponía en ellas. No porque me pasase por pensamiento lo que después ha sido, porque entonces parecía cosa imposible, por no haber principio para poderse imaginar, puesto que mis deseos, mientras más el tiempo iba adelante, eran muy más crecidos de ser alguna parte para bien de algún alma; y muchas veces me parecía, como quien tiene un gran tesoro guardado y desea que todos gocen de él y le atan las manos para distribuirle. Así me parecía estaba atada mi alma, porque las mercedes que el Señor en aquellos años la hacía eran muy grandes y todo me parecía mal empleado en mí. Servía al Señor con mis pobres oraciones; siempre procuraba con las hermanas hiciesen lo mismo y se aficionasen al bien de las almas y al aumento de su Iglesia, y a quien trataba con ellas, siempre se edificaban, y esto embebía mis grandes deseos” (F 1, 6; cf. CV 1, 2.5).

A nadie le es lícito permanecer ocioso, dice rotundamente el número 3 de *Christifideles Laici*. Santa Teresa lega un proyecto de vida que libera a la persona de cualquier tentación de pereza, de inacción ante los problemas del mundo. Ella es sensible a las necesidades de la Iglesia y de los hombres y no puede no darse del todo. A ello nos llama:

“A los cuatro años, me parece era algo más [de estancia en San José de Ávila], acertó a venirme a ver un fraile francisco, llamado fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios y con los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venía de las Indias poco había. Comenzome a contar de los muchos millones de almas que allí se

²⁸ También en el caso de los frailes: “Desde muy pronto, Teresa piensa en una rama masculina. Dos motivos la espolean con fuerza. Sabe lo importante que es tener hermanos, frailes que puedan acompañar, compartir la vida y el espíritu de familia, el «estilo de hermandad y recreación que tenemos». Pero además, quiere ampliar el eco. Dentro de ella late un fuerte sentido eclesial, el compromiso de hacer lo que pueda por Cristo. Multiplicar pequeños grupos, no solo de mujeres orantes sino de frailes que además fueran letrados y predicadores. Al fondo está siempre el deseo del «bien de las almas» (1, 6)” (CARMELITAS DESCALZAS DE PUÇOL, *Comenzando siempre...*, 165).

perdían por falta de doctrina, e hízonos un sermón y plática animándonos a la penitencia, y fuese. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí. Fuime a una ermita con hartas lágrimas; clamaba a nuestro Señor, suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más. Había gran envidia a los que podían por amor de nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes. Y así me acaece que, cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia que todos los martirios que padecen (por ser esta la inclinación que nuestro Señor me ha dado), pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia que todos los servicios que le podemos hacer” (F 1, 7).

Para Teresa no tiene sentido hablar de una comunidad de amor si ésta es *inclusiva*, si se cierra en sí misma dando la espalda al mundo. Sólo la expansión del amor le mantiene vivo y le hace crecer:

“¿Cómo se adquirirá este amor? Determinándose a obrar y padecer, y hacerlo cuando se ofreciere. Bien es verdad que del pensar lo que debemos al Señor, y quién es y lo que somos, se viene a hacer una alma determinada, y que es gran mérito, y para los principios muy conveniente; mas entiéndese cuando no hay de por medio cosas que toquen en obediencia y aprovechamiento de los prójimos. Cualquiera de estas dos cosas que se ofrezcan, piden tiempo para dejar el que nosotros tanto deseamos dar a Dios, que -a nuestro parecer- es estarnos a solas pensando en Él y regalándonos con los regalos que nos da. Dejar esto por cualquiera de estas dos cosas es regalarle y hacer por Él. Dicho por su boca: Lo que hicisteis por uno de estos pequeñitos, hacéis por Mí. Y en lo que toca a la obediencia, no querrá que vaya por otro camino que Él quien bien le quisiere” (F 5, 3).

2.3.3. *Como el grano de trigo*

El modo de vida propuesto por la Santa, que se desarrolla en la comunidad que vive en amistad, humildad y desapego de todo bajo la mirada de Jesús, nos va haciendo conocer y descubrir la voluntad de Dios, comprendiendo al mismo tiempo que Él puede realizarla en y por nosotros si se lo permitimos. Santa Teresa experimenta en su vida

las palabras de Jesús: “Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá; y el que odia su vida en este mundo la conservará para la vida eterna” (Jn 12, 24-25). Por ello su proyecto de vida es realizar en la tierra, dando *lo poquito que hay en ella y en aquellas primeras pobrecitas que la acompañaron* (cf. CV 1, 2), el sueño de Dios para los hombres, su voluntad, consumiendo en esta tarea su vida.

En definitiva, la voluntad de Dios es realizar el amor en la verdad y la libertad, ofreciéndonos del todo a todos como testigos de la nueva realidad realizada en el Evangelio, en Cristo:

“Como, Señor mío, vemos que nos libráis muchas veces de los peligros en que nos ponemos, aun para ser contra Vos, ¿cómo es de creer que no nos libraréis cuando no se pretende cosa más que contentaros y regalarnos con Vos? Jamás esto puedo creer. Podría ser que, por otros juicios secretos de Dios, permitiese algunas cosas que así como así habían de suceder; mas el bien nunca trajo mal. Así que esto sirva de procurar caminar mejor el camino, para contentar mejor a nuestro Esposo y hallarle más presto; mas no de dejarle de andar. Y para animarnos a andar con fortaleza camino de puertos tan ásperos, como es el de esta vida; mas no para acobardarnos en andarle. Pues, en fin, fin, yendo con humildad, mediante la misericordia de Dios, hemos de llegar a aquella ciudad de Jerusalén, adonde todo se nos hará poco lo que se ha padecido, o nonada, en comparación de lo que se goza» (F 4, 4)”.

La atención que somos capaces de tener a los demás, que incluye la decisión de compartir con ellos la Buena Noticia, es señal de nuestro nivel de interiorización. Teresa nos propone un camino de experiencia que nos humaniza y, por ello, nos llena de paz, de confianza y de ánimo para servir. La voluntad del Padre, nos dirá, es que amemos a los demás; nos la ha mostrado en Jesús entregado, invitándonos a darnos como él se ha dado: ése es el gran fruto que nos permite participar de su Misterio Pascual.

En definitiva, quien escucha la palabra de Teresa y se anima a vivir la experiencia por ella propuesta, cambia radicalmente respecto a los esquemas diseñados por el mundo y ofrece un nuevo modo de vida con gestos y palabras. Y se convierte así en un potente evangelizador:

“Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden. No aman sino verdades y cosa que sea digna de amar. ¿Pensáis que es posible quien muy de veras ama a Dios amar vanidades? Ni puede, ni riquezas, ni cosas del mundo, de deleites, ni honras; ni tiene contien-das ni envidias. Todo porque no pretende otra cosa sino contentar al Amado. Andan muriendo porque los ame, y así ponen la vida en entender cómo le agradarán más” (C 40, 3).

Y todo ello, por contentar a Dios, reproduciendo en nuestros pa-sos los de Cristo y consumiendo, así nuestra vida por Él:

“Vinieron por nosotras el padre fray Antonio de Jesús y el padre prior Gabriel de la Asunción. Dado todo recaudo del pueblo, partimos de Malagón sábado antes de cuaresma, a trece días de febrero, año de 1580. Fue Dios servido de hacer tan buen tiempo y darme tanta salud, que parecía nunca había tenido mal. Que yo me espantaba, y consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra flaca disposición cuando entendemos se sirve el Señor, por contradicción que se nos ponga delante, pues es poderoso de hacer de los flacos fuertes y de los enfermos sanos. Y, cuando esto no hiciere, será lo mejor padecer para nuestra alma y, puestos los ojos en su honra y gloria, olvidarnos a nosotros. ¿Para qué es la vida y la salud, sino para perderla por tan gran Rey y Señor? Creedme, hermanas, que jamás os irá mal en ir por aquí” (F 28, 18).

3. UN CARISMA VIVO

10.000 monjas, 4.000 frailes y más de 50.000 carmelitas seculares, los miembros de los institutos religiosos de inspiración teresiana y los innumerables hombres y mujeres que viven su fe cristiana sostenidos por la experiencia de Santa Teresa, son testigos de que su proyecto de vida, someramente expuesto en estas páginas, sigue siendo actual y novedoso, está vivo.

Toca a quienes pretendemos encarnarlo transmitirlo a futuras ge-neraciones, inspirados en la conocidísima y evocadora palabra de Te-resa:

“Oigo algunas veces de los principios de las órdenes decir que, como eran los cimientos, hacía el Señor mayores mercedes a aquellos santos nuestros pasados. Y es así, mas siempre habían de mirar que son cimientos de los que están por venir. Porque, si ahora los que vivimos no hubiésemos caído de lo que los pasados, y los que viniesen después de nosotros hiciesen otro tanto, siempre estaría firme el edificio. ¿Qué me aprovecha a mí que los santos pasados hayan sido tales, si yo soy tan ruin después, que dejo estragado con la mala costumbre el edificio? Porque está claro que los que vienen no se acuerdan tanto de los que ha muchos años que pasaron, como de los que ven presentes. Donosa cosa es que lo eche yo a no ser de las primeras, y no mire la diferencia que hay de mi vida y virtudes a la de aquellos a quien Dios hacía tan grandes mercedes.

¡Oh, válgame Dios, qué disculpas tan torcidas y qué engaños tan manifiestos! No trato de los que fundan las religiones, que, como los escogió Dios para gran oficio, dioles más gracia. Pésame a mí, Dios mío, de ser tan ruin y tan poco en vuestro servicio; mas bien sé que está la falta en mí de no me hacer las mercedes que a mis pasados. Lastímame mi vida, Señor, cuando la cotejo con la suya, y no lo puedo decir sin lágrimas. Veo que he perdido yo lo que ellos trabajaron, y que en ninguna manera me puedo quejar de Vos, ni ninguna es bien que se queje, sino que, si viere va cayendo en algo su orden, procure ser piedra tal, con que se torne a levantar el edificio, que el Señor ayudará para ello” (F 4, 6-7).

Santa Teresa comprendió, y así nos lo transmite su palabra, que “los dones de Dios no son como piezas de museo que hay que conservar y guardar, los dones son vida que hay que cuidar y cultivar para que crezca, como si de un árbol se tratara.

El carisma no está terminado, se construye paso a paso, procurando «caminar mejor el camino» (4, 4), se edifica piedra a piedra: «si viere va cayendo en algo su orden, procure ser piedra tal con que se torne a levantar el edificio». En parte, Teresa escribe por esto, para dar a entender que depende de todos y cada uno que el carisma siga vivo y se enraíce en cualquier época. Esa es su idea de «ir adelante»: profundizar y responder a las necesidades que se descubren en cada momento, «servir en algo» (14, 12), entender en cómo «servir a nuestro Señor» (3, 18). También escribe porque quiere «que las que vinieren se animen a llevar adelante tan buenos principios» (20, 15). Por esto narra, a veces con tanto detalle, las incontables vicisitudes de

los trabajos fundacionales, haciendo vivos retratos de las primeras hermanas, «porque, a las veces, se animan las que vienen a imitarlas» (1, 5)²⁹.

A la hora de transmitir su carisma, estamos llamados, en primer lugar, a recordar y revivir las estrategias teresianas. “Me llamó el Señor a la religión -nos dice María de San José- viendo y tratando a nuestra Madre y a sus compañeras, las cuales movían a las piedras con su admirable vida y conversación, y lo que me hizo ir tras ellas fue la suavidad y discreción de nuestra buena Madre. Y creo verdaderamente que si los que tienen oficio de llegar almas a Dios usasen de la traza y maña que aquella santa usaba, llegarían muchas más de las que llegan”³⁰. Este delicioso testimonio de María de San José, nos pone sobre la pista del modo de vivir y transmitir el carisma teresiano.

En primer lugar, *vivir una vida admirable*, significativa, capaz de *llamar la atención*, no por su extravagancia o rigor, sino por la transparencia del amor. Una vida atractiva porque transcurre sobre las huellas de Cristo, con quien es posible entablar un diálogo amistoso y enamorado en el interior de nuestras almas. Vida que no está cerrada a unos pocos elegidos sino que, como el Evangelio, puede ser vivida por todos y recorrida por diversos caminos:

“No es mi intención ni pensamiento que será tan acertado lo que yo dijere aquí, que se tenga por regla infalible, que sería desatino en cosas tan dificultosas. Como hay muchos caminos en este camino del espíritu, podrá ser acierte a decir de alguno de ellos algún punto. Si los que no van por él no lo entendieren, será que van por otro, y si no aprovechar a ninguno, tomará el Señor mi voluntad, pues entiende que, aunque no todo he experimentado yo, en otras almas sí lo he visto” (F 5, 1).

Una vida que no se impone, sino que se propone con discreción y suavidad, con maña y amor (cf. F 7, 7-9):

“Como hay diferentes talentos y virtudes en las preladas, por aquel camino quieren llevar a sus monjas. La que está muy mortificada, parecele fácil cualquiera cosa que mande para doblar

²⁹ CARMELITAS DESCALZAS DE PUÇOL, *Comenzando siempre...*, 76-77.

³⁰ Tomo la cita de: I. MORIONES, *El Carmelo teresiano...*, 32; se leen con provecho las páginas siguientes.

la voluntad, como lo sería para ella, y aun por ventura se le haría muy de mal. Esto hemos de mirar mucho, que lo que a nosotras se nos haría áspero, no lo hemos de mandar. La discreción es gran cosa para el gobierno, y en estas casas muy necesaria, estoy por decir mucho más que en otras, porque es mayor la cuenta que se tiene con las súbditas, así de lo interior como de lo exterior. Otras prioras que tienen mucho espíritu, todo gustarían que fuese rezar. En fin, lleva el Señor por diferentes caminos. Mas las preladas han de mirar que no las ponen allí para que escojan el camino a su gusto, sino para que lleven a las súbditas por el camino de su regla y Constitución, aunque ellas se fuercen y querrían hacer otra cosa.

[...] En especial esto de la mortificación importa muy mucho y, por amor de nuestro Señor, que adviertan en ello las preladas, que es cosa muy importante la discreción en estas cosas y conocer los talentos. Y si en esto no van muy advertidas, en lugar de aprovecharlas, las harán gran daño y traerán en desasosiego” (F 18, 6-7).

Una vida, además, capaz de hacerse ver en lo cotidiano, en la normalidad de la existencia, *en la conversación cálida y sencilla*, en la que todos se sienten amigos, todos se sienten llamados y ninguno es rechazado.

Las comunidades cristianas al estilo teresiano, serán capaces de proseguir la obra de Santa Teresa, en definitiva, siempre que, atendiendo a lo esencial, se presenten en la Iglesia y ante el mundo como espacios de acogida, en los que se practica y se regala en el amor, en los que la austeridad se impone al derroche y la caridad al egoísmo.

El proyecto de vida teresiano, vivo en sus obras, continuará extendiéndose en el mundo en la medida en que sepamos encarnar en nuestra historia personal la experiencia espiritual de Santa Teresa, encontrando, en la palabra y el silencio, al Dios de la vida que se nos revela en Jesucristo, *que está a la puerta y llama*, que desea entrar en lo escondido de nuestra vida para darnos Vida.

Santa Teresa nos invita a entrar en el *mundo* de Jesús, es decir, ver las cosas con sus ojos y escucharlas con su mismo corazón. Tantas veces, incluso con buenos propósitos, nos alejamos de esta tarea esencial de *asimilar* a Jesús, de vivir tan enamorados de Él que nuestro corazón termine latiendo al mismo ritmo que el suyo. Teresa nos despierta y nos reclama para la escucha, el seguimiento y la identificación con el Maestro.

Allá donde un grupo de hombres o mujeres decidan reunirse en torno a la Presencia de Jesús en la Eucaristía, olvidándose de sí mismos con el fin de vivir para los otros, amigos entre sí y de Cristo y hermanos de todos, el carisma teresiano encontrará cimientos, tierra abonada para seguir creciendo.